

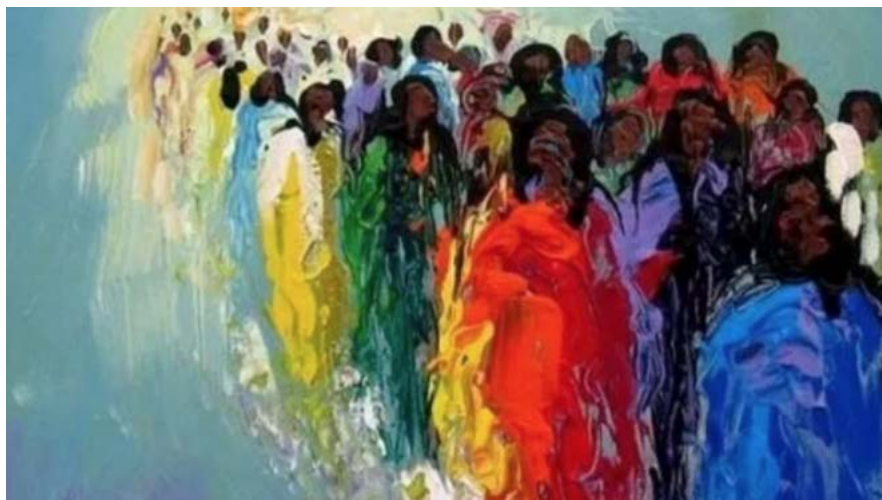


Bilboko
Elizbarrutia
DIÓCESIS DE BILBAO

DOMINGO 3º PASCUA
19 ABRIL 2026



¡acompañadas!



Nos han narrado que Jesús salió al paso a los discípulos que faltos de toda esperanza habían abandonado el proseguir su obra. Cuando más necesitaban una palabra de aliento apareces llamándoles "muchachos", un detalle que sabe a gloria.

Aquí y ahora en el silencio quiero vivir la misma experiencia: eres Tú, el amigo, el compañero, el "quitapenas". Cuando las tareas parecen un fracaso, surges Tú con la palabra oportuna, el gesto correcto, la palmada que anima. ¡Cuántas veces, por no escucharte nos hundimos en el desaliento, el derrotismo!

¡Pero Tú eres la luz y la fuerza! Tú, tras dialogar, nos dices. "Venid a comer conmigo" Gracias por buscar sacarnos del sepulcro de "nuestros desencantos y pasividades"

Y lo hago tomando conciencia de que me acompañas: + En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo

Y escuchando www.youtube.com/watch?v=r1ZhajHLLGk voy entonando mi corazón y situándome en terreno propicio.

NO BUSQUÉIS ENTRE LOS MUERTOS A LA VIDA. NO LLORÉIS ENTRE LAS SOMBRAS A LA LUZ.

CANTAD, PORQUE LA MUERTE ESTÁ VENCIDA. CANTAD QUE DIOS ES EL SEÑOR JESÚS.

No busquéis por las montañas ni los valles. No busquéis en las estrellas, junto al sol: buscadle por las plazas y las calles, en cada ser que vive está el Señor.	No quedéis mirando al cielo o a las nubes, esperando un nuevo gran libertador. Mirad: la luz que sale de las sombras es fuerza salvadora del Señor.	No te canses recorriendo tu camino, si la luz de nuestra Pascua no es tu luz. No sueñes vanamente tu destino: no hay vida, si no está el Señor Jesús.
--	--	---

Buena Noticia de Jesucristo según Lucas

Aquel mismo día, dos de ellos iban caminando a una aldea llamada Emaús, distante de Jerusalén unos sesenta estadios; iban *conversando entre ellos de todo lo que había sucedido*. Mientras conversaban y discutían, **Jesús en persona se acercó y se puso**



a caminar con ellos. Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo. Él les dijo: «¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?». Ellos se detuvieron con aire entristecido. Y uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le respondió: «¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no sabes lo que ha pasado allí estos días?». Él les dijo: «¿Qué?». Ellos le contestaron: «Lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras, ante Dios y ante todo el pueblo; cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron. *Nosotros esperábamos* que él iba a liberar a Israel, pero, con todo esto, ya estamos en el tercer día desde que esto sucedió. *Es verdad que algunas*

mujeres de nuestro grupo nos han sobresaltado, pues habiendo ido muy de mañana al sepulcro, y no habiendo encontrado su cuerpo, vinieron diciendo que incluso habían visto una aparición de ángeles, que dicen que está vivo. Algunos de los nuestros fueron también al sepulcro y lo encontraron como habían dicho las mujeres; pero a él no lo vieron». Entonces él les dijo: «¿Qué necios y torpes sois para creer lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto y entrara así en su gloria?». Y, comenzando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, *les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras*.

Llegaron cerca de la aldea a donde iban y él simuló que iba a seguir caminando; pero ellos lo apremiaron, diciendo: «*Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída*». Y **entró para quedarse con ellos. Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando. A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron**. Pero él desapareció de su vista. Y se dijeron el uno al otro: «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?». Y, *levantándose en aquel momento, se volvieron a Jerusalén*, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros, que estaban diciendo: «Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón». Y ellos contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

Quédate junto a nosotros
que la tarde está cayendo;
pues sin Ti, a nuestro lado,
nada hay justo, nada hay bueno.
www.youtube.com/watch?v=2NTHZdSgI

https://www.youtube.com/watch?v=kQf9WGV6rFo&list=RDKQf9WGV6rFo&start_radio=1
Andando por el camino, te tropezamos, Señor,
te hiciste el enconradizo,
nos diste conversación.
Tenían tus palabras fuerza de vida y amor,

MO

Caminamos solos por nuestro camino;
cuando vemos a la vera un peregrino,
nuestros ojos ciegos de tanto penar
se nos llenan de vida, se nos llenan de paz.

Buen amigo, quédate a nuestro lado,
pues el día ya sin luces se ha quedado;
con nosotros quédate para cenar
y comparte mi mesa y comparte mi pan.

Tus palabras fueron la luz de nuestra espera
y nos diste una fe más verdadera;
al sentarnos junto a Ti para cenar
conocimos quién eras al partimos el pan.
quédate con nosotros la tarde está
cayendo

ponían esperanza y fuego en el corazón.

**Te conocimos, Señor, al partir el pan,
tú nos conoces, Señor, al partir el pan.**

Llegando a la encrucijada, tú proseguías, Señor;
te dimos nuestra posada,
techo, comida y calor;
sentados como amigos a compartir el cenar,
allí te conocimos al repartirnos el pan.

Andando por el camino, te tropezamos, Señor,
en todos los peregrinos
que necesitan amor;
esclavos y oprimidos que buscan la libertad,
hambrientos, desvalidos, a quienes damos el pan.



Emaús: imagen de toda experiencia pascual (JA Pagola)

Este domingo de Pascua, la liturgia nos regala uno de los relatos evangélicos más hermosos y que más huella ha dejado en la memoria de los cristianos a lo largo de los siglos.

El relato de Emaús resume la experiencia pascual de los discípulos de Jesús. Una experiencia de fracaso y decepción que solo cambia cuando el Resucitado toma la iniciativa de salir a su encuentro.

El texto nos descubre las grandes dificultades por las que atravesaron aquellos hombres y mujeres hasta que pudieron reconocer al Resucitado. Rico en imágenes, el texto nos describe el nacimiento a la fe y con ella, a la misión: «Se les abrieron los ojos»; lo reconocieron «al partir el pan» y se volvieron a Jerusalén a contarles a sus compañeros la Buena Noticia.

Así es la experiencia pascual. Así fue al inicio y así es hoy. Vieron a Jesús, convivieron con Él, pero su mirada, distraída y superficial no supo ver el profundo misterio que habitaba su vida.

Lo mismo nosotros hoy, podemos recitar el credo de memoria, oír misa entera todos los domingos y fiestas de guardar y, sin embargo, no comprender a Jesús y no tener la experiencia de su compañía.

Emaús hoy: nuestra experiencia actual

¡Qué decepción tan grande vivieron aquellos discípulos! Habían compartido la vida con Jesús, esperaban que fuera el liberador de Israel, pero había sido crucificado y había muerto en la cruz: todo había terminado.

Algo así sucede a veces entre nosotros. Hemos podido vivir años tranquilos y seguros en el seno de la Iglesia,.....

Pero de un tiempo a esta parte, hemos ido experimentando cómo la sociedad está cambiando a una velocidad de vértigo y, con ella, cambiamos nosotros también. Y vemos cómo el sentido de la vida, los valores y gustos, fluyen por otros cauces; y cómo las personas caminan y caminamos por otros

senderos. Personas que antes venían por la parroquia, dejaron de venir un día y cada vez hay más bancos vacíos en nuestras celebraciones.

Y en nosotros puede asomar el cansancio, la duda, el desánimo, la decepción. **¿Acaso no somos nosotros los discípulos de Emaús de hoy que necesitamos ser encontrados por Él? ¿No es verdad que hoy también quiere conversar con nosotros sobre lo que estamos viviendo? ¿De qué queremos conversar con Él? ¿Qué es lo que esperábamos y ahora vemos esfumado? ¿Le escuchamos?**

Renovemos el encuentro con Jesucristo

Jesús tomó la iniciativa entonces y lo hace ahora también. Como un desconocido, se pone a caminar a nuestro lado, nos pregunta, desea ayudarnos a ver los acontecimientos desde el modo de mirar de Dios.

*El deseo de Jesús es claro. Resucitado por Dios después de su ejecución, toma contacto con los suyos para poner en marcha un movimiento de «testigos» capaces de contagiar a todos los pueblos su Buena Noticia: «Vosotros sois mis testigos». No es fácil convertir en testigos a aquellos hombres hundidos en el desconcierto y el miedo, solo sienten turbación e incredulidad; todo aquello les parece demasiado hermoso para ser verdad. **¿Acaso no es nuestro caso?***

Es Jesús quien va a regenerar su fe. Lo más importante es que no se sientan solos. Estas son las primeras palabras que han de escuchar del Resucitado: «La paz esté con vosotros... ¿Por qué surgen dudas en vuestro interior?».

*Cuando olvidamos la presencia viva de Jesús en medio de nosotros; cuando nos contagiamos, unos a otros, pesimismo, cuando la apatía y conformismo nos dominan... estamos pecando contra el Resucitado. Así no es posible una Iglesia de testigos, así no tenemos futuro. **¿Necesitamos abrirnos al acontecimiento?***

Orando

*Es bueno y nos hace bien darte gracias siempre y en todo lugar
a Tí el Señor que transforma nuestro luto en danza
la existencia de tu pueblo se transforma en acción de gracias
y se sabe llamado al amor al prójimo, especialmente al más necesitado.*

R/ Sacaste nuestras vidas de la noche.

*Sales al encuentro con un nuevo amanecer
cuando tu pueblo está cansado y decepcionado
y le preparas unas brasas con pan y vino para reparar sus fuerzas
y que recobre la ilusión y la esperanza
como aquellos que caminaban decepcionados
o como aquellos que alimentas al borde del lago.*

R/ Sacaste nuestras vidas de la noche

*Son muchos los hombres y mujeres que nos han precedido
y que gracias a tu compañía han sabido afrontar la noche del desencanto
y obedecer a Dios antes que a los hombres y sus planes
y como pescadores liberar a las gentes del mal y el miedo.*

R/ Sacaste nuestras vidas de la noche

Deut 32,10.12. *Lo encontró en una tierra desierta, en una soledad poblada de aullidos: lo rodeó cuidando de él, lo guardó como a las niñas de sus ojos. Como el águila incita a su nidada, | revoloteando sobre los polluelos, así extendió sus alas, los tomó | y los llevó sobre sus plumas. ¹²El Señor solo los condujo, | no hubo dioses extraños con él.*

VIGILIA DE ORACIÓN
PRESIDIDA POR EL SANTO PADRE LEÓN XIV

Basílica de San Pedro
Sábado, 11 de abril de 2026

Reflexión del Santo Padre León XIV en la Vigilia de oración por la paz

Queridos hermanos y hermanas:

La oración de ustedes es expresión de esa fe que, según la palabra de Jesús, mueve montañas (cf. *Mt 17,20*). Les agradezco por haber aceptado esta invitación, reuniéndose aquí, junto a la tumba de san Pedro, y en otros tantos lugares del mundo para invocar la paz. La guerra divide, la esperanza une. La prepotencia pisotea, el amor levanta. La idolatría ciega, el Dios vivo ilumina. Basta un poco de fe, una pizca de fe, queridos hermanos, para afrontar juntos, como humanidad y con humanidad, esta hora dramática de la historia. La oración, de hecho, no es un refugio para eludir nuestras responsabilidades, no es un analgésico para evitar el dolor que desata tanta injusticia. Es, en cambio, la respuesta más gratuita, universal y disruptiva a la muerte: ¡somos un pueblo que ya resucita! En cada uno de nosotros, en cada ser humano, el Maestro interior educa a la paz, impulsa al encuentro, inspira la invocación. ¡Alcemos entonces la mirada! ¡Volvamos a levantarnos de entre los escombros! Nada puede encerrarnos en un destino ya escrito, ni siquiera en este mundo en el que las tumbas parecen no ser suficientes, porque se sigue crucificando, aniquilando la vida, sin derecho y sin piedad.

San Juan Pablo II, incansable testigo de la paz, en el contexto de la crisis iraquí de 2003 dijo conmovido: «Yo pertenezco a la generación que vivió la segunda guerra mundial y sobrevivió. Siento el deber de decir a todos los jóvenes, a los más jóvenes que yo, que no tienen esa experiencia: “¡Nunca más la guerra!”, como dijo Pablo VI en su primera visita a las Naciones Unidas. Debemos hacer todo lo posible. Sabemos muy bien que no es posible la paz a toda costa. Pero todos sabemos cuán grande es esta responsabilidad» (*Ángelus*, 16 marzo 2003). Esta tarde hago mío su llamamiento, tan actual.

La oración nos educa para actuar. Las limitadas posibilidades humanas se unen en la oración a las infinitas posibilidades de Dios. De este modo, pensamientos, palabras y obras rompen la cadena demoníaca del mal y se ponen al servicio del Reino de Dios; un Reino en el que no hay espada, ni drones, ni venganza, ni banalización del mal, ni lucro injusto, sino sólo dignidad, comprensión y perdón. Tenemos en esto una barrera contra ese delirio de omnipotencia que se vuelve cada vez más impredecible y agresivo a nuestro alrededor. Los equilibrios en la familia humana están gravemente desestabilizados. Incluso el Santo Nombre de Dios —el Dios de la vida— es arrastrado en discursos de muerte. Desaparece así un mundo de hermanos y hermanas con un solo Padre en los cielos y, como en una pesadilla nocturna, la realidad se llena de enemigos. Por todas partes se perciben amenazas, en lugar de llamadas a la escucha y al encuentro. Hermanos y hermanas, el que reza es consciente de sus propios límites, no mata ni amenaza con la muerte. En cambio, está sometido a la muerte quien ha dado la espalda al Dios vivo, para hacer de sí mismo y de su propio poder el ídolo mudo, ciego y sordo (cf. *Sal 115,4-8*), al cual sacrificar todo valor y pretender que el mundo entero se doblegue ante él.

¡Basta ya de la idolatría de uno mismo y del dinero! ¡Basta ya de la exhibición de la fuerza! ¡Basta ya de la guerra! La verdadera fuerza se manifiesta en el servicio a la vida. San Juan XXIII, con sencillez evangélica, escribió que la paz

beneficia a todos, «es decir, a cada persona, a los hogares, a los pueblos, a la entera familia humana». Y, repitiendo las palabras categóricas de Pío XII, añadía: «Nada se pierde con la paz; todo puede perderse con la guerra» (Carta enc. *Pacem in terris*, 116).

Unamos, entonces, las energías morales y espirituales de millones, de miles de millones de hombres y mujeres, de ancianos y jóvenes que hoy creen en la paz, que hoy eligen la paz, que curan las heridas y reparan los daños causados por la locura de la guerra. Recibo muchas cartas de niños en zonas de conflicto; al leerlas se percibe, con la verdad de la inocencia, todo el horror y la inhumanidad de acciones de las que algunos adultos se jactan con orgullo. ¡Escuchemos la voz de los niños!

Queridos hermanos y hermanas, sin duda los gobernantes de las naciones tienen responsabilidades ineludibles. A ellos les gritamos: ¡deténganse! ¡Es tiempo de paz! ¡Siéntense en mesas de diálogo y de mediación!, no en mesas donde se planea el rearme y se deliberan acciones de muerte. Sin embargo, existe una responsabilidad no menos importante para todos nosotros, hombres y mujeres de tantos países diferentes: una inmensa multitud que repudia la guerra, con hechos, no sólo con palabras. La oración nos compromete a convertir lo que queda de violencia en nuestros corazones y en nuestras mentes: convirtámonos a un Reino de paz que se construye día a día, en los hogares, en las escuelas, en los barrios, en las comunidades civiles y religiosas, quitándole terreno a la polémica y a la resignación con la amistad y la cultura del encuentro. Volvamos a creer en el amor, en la moderación, en la buena política. Formémonos y comprometámonos en primera persona, cada uno respondiendo a su propia vocación. ¡Cada uno tiene su lugar en el mosaico de la paz!

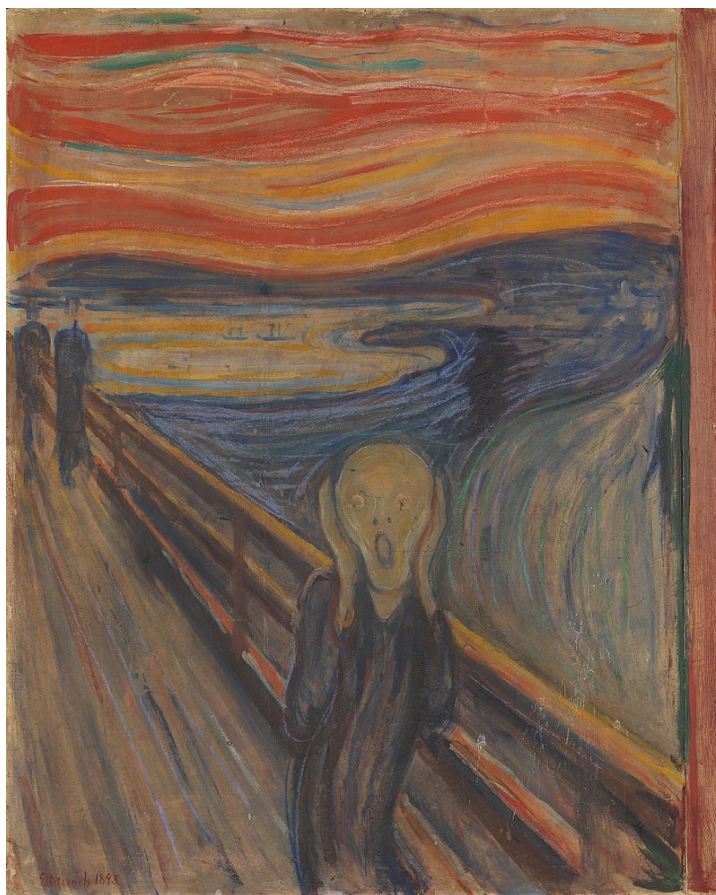
El Rosario, al igual que otras formas de oración muy antiguas, nos ha unido esta tarde en su ritmo regular, basado en la repetición; así se abre paso la paz, palabra tras palabra, gesto tras gesto, como una roca se va esculpiendo gota a gota, como en un telar el tejido avanza movimiento tras movimiento. Son los tiempos largos de la vida, signo de la paciencia de Dios. Necesitamos no dejarnos arrastrar por la aceleración de un mundo que no sabe qué persigue, para volver a servir al ritmo de la vida, a la armonía de la creación, y curar sus heridas. Como nos ha enseñado el Papa Francisco, «se necesitan artesanos de paz dispuestos a generar procesos de sanación y de reencuentro con ingenio y audacia» (Carta enc. *Fratelli tutti*, 225). En efecto, «hay una "arquitectura" de la paz, donde intervienen las diversas instituciones de la sociedad, cada una desde su competencia, pero hay también una "artesanía" de la paz que nos involucra» (*ibid.*, 231).

Queridos hermanos y hermanas, regresemos a casa con este compromiso de orar siempre, sin cansarnos, y con una profunda conversión del corazón. La Iglesia es un gran pueblo al servicio de la reconciliación y de la paz, que avanza sin vacilar, aun cuando el rechazo de la lógica bélica puede costarle incompreensión y desprecio. Ella anuncia el Evangelio de la paz y educa a obedecer a Dios antes que a los hombres, especialmente cuando se trata de la dignidad infinita de otros seres humanos, puesta en peligro por las continuas violaciones del derecho internacional. «En todo el mundo es deseable "que cada comunidad se convierta en una 'casa de paz', donde aprendamos a desactivar la hostilidad mediante el diálogo, donde se practique la justicia y se preserve el perdón". Hoy más que nunca, en efecto, es necesario mostrar que la paz no es una utopía» (*Mensaje para la LIX Jornada Mundial de la Paz*, 1 enero 2026).

Hermanos y hermanas de todas las lenguas, pueblos y naciones: somos una sola familia que llora, que espera y que se levanta. "Nunca más la guerra, aventura sin retorno; nunca más la guerra, espiral de lutos y de violencia" (cf. S. Juan Pablo II, *Oración por la paz*, 2 febrero 1991).

Queridos hermanos, ¡la paz esté con todos ustedes! Es la paz de Cristo resucitado, fruto de su sacrificio de amor en la cruz. Por eso a Él dirigimos nuestra súplica:

*Señor Jesús,
tú venciste a la muerte sin armas ni violencia:
disolviste su poder con la fuerza de la paz.
Concédenos tu paz,
como a las mujeres asombradas en la mañana de Pascua,
como a los discípulos escondidos y asustados.
Envía tu Espíritu,
aliento que da vida, que reconcilia,
que convierte en hermanos y hermanas a los adversarios y enemigos.
Inspíranos la confianza de María, tu madre,
que con el corazón desgarrado estaba al pie de tu cruz,
firme en la fe de que resucitarías.
Que la locura de la guerra llegue a su fin
y que la tierra sea cuidada y cultivada por quienes todavía
saben engendrar, saben custodiar y saben amar la vida.
¡Escúchanos, Señor de la vida!*



REGINA CAELI

*Plaza de San Pedro
Domingo, 12 de abril de 2026*

Queridos hermanos y hermanas, ¡feliz domingo y feliz Pascua!

Hoy, segundo domingo de Pascua, dedicado por san Juan Pablo II a la Divina Misericordia, leemos en el Evangelio sobre la aparición de Jesús resucitado al apóstol Tomás (cf. *Jn* 20,19-31). El hecho ocurre ocho días después de la Pascua, mientras la comunidad está reunida, y es allí donde Tomás se encuentra con el Maestro, quien lo invita a mirar las marcas de los clavos, a meter la mano en la herida de su costado y a creer (cf. v. 27). Es una escena que nos hace reflexionar sobre nuestro encuentro con Jesús resucitado. ¿En dónde encontrarlo? ¿Cómo reconocerlo? ¿Cómo creer? San Juan, que narra el acontecimiento, nos da indicaciones precisas: **Tomás se encuentra con Jesús en el octavo día, con la comunidad reunida, y lo reconoce en las marcas de su sacrificio.** De esta experiencia brota su profesión de fe, la más elevada de todo el cuarto Evangelio: «¡Señor mío y Dios mío!» (v. 28).

Ciertamente, creer no siempre es fácil. No lo fue para Tomás y tampoco lo es para nosotros. La fe necesita ser alimentada y sostenida. Por eso, en el **"octavo día", es decir, cada domingo, la Iglesia nos invita a hacer lo mismo que los primeros discípulos: reunirnos y celebrar juntos la Eucaristía.** En ella escuchamos las palabras de Jesús, oramos, profesamos nuestra fe, compartimos los dones de Dios en la caridad, ofrecemos nuestra vida en unión al Sacrificio de Cristo, nos alimentamos de su Cuerpo y de su Sangre, para luego ser, también nosotros, testigos de su Resurrección, como lo indica el término "Misa", es decir, "envío", "misión" (cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1332).

La Eucaristía dominical es indispensable para la vida cristiana. Mañana saldré para el Viaje apostólico a África, y precisamente algunos mártires de la Iglesia africana de los primeros siglos, los mártires de Abitinia, nos han dejado un hermoso testimonio al respecto. Ante la propuesta de salvar sus vidas a cambio de renunciar a celebrar la Eucaristía, respondieron que no podían vivir sin celebrar el día del Señor. Es ahí donde se nutre y crece nuestra fe. Es ahí donde nuestros esfuerzos, aunque limitados, por la gracia de Dios se funden como acciones de los miembros de un único cuerpo —el Cuerpo de Cristo— en la realización de un único gran proyecto de salvación que abarca a toda la humanidad. **Es a través de la Eucaristía que también nuestras manos se convierten en "manos del Resucitado", testigos de su presencia, de su misericordia y de su paz;** marcadas por el trabajo, por los sacrificios, por la enfermedad, por el paso de los años que a menudo están grabados en ellas, como también por la ternura de una caricia, de un apretón de manos o de un gesto de caridad.

Queridos hermanos y hermanas, **en un mundo que tanto necesita la paz, esto nos compromete más que nunca a ser asiduos y fieles a nuestro encuentro eucarístico con el Resucitado, para salir de él como testigos de la caridad y portadores de la reconciliación.** Que nos ayude a ello la Virgen María, bienaventurada porque fue la primera en creer sin haber visto (cf. *Jn* 20,29).